LMR

TRAS LA PEOR NAVIDAD DE MI VIDA

Christmas Shorts



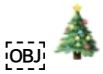
Tras la peor Navidad de mi vida

LMR

© 2025 by Laura Moreno Romero.

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en e ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita d los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquie medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, as como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Advertencia, novela de ficción, cualquier parecido con la realidad es una mer coincidencia.

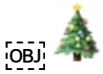


Canción elegida para Axton Demon &Trudy Dark:
Shakin' Stevens - Merry Christmas Everyone
Preferiblemente, escuchar en bucle, a todo volumen.



Capítulo 1

Trudy



La primera vez que morí fue en Navidad. La segunda vez, ocurrirá exactamente un año después.

Hoy. Aunque todavía no lo sé, pasará dentro de una hora, trece minutos y diez segundos.

Nueve, ocho, siete…

Imagino que lo que haría cualquier psicólogo cuando se va la luz en toda la manzana, es mandarte a tu casa con viento fresco, pero lo que decide hacer Axton Demon es: encender un puñado de velas y pedirme que siga.

—Ya no me acuerdo de qué estábamos hablando —miento y lo hago en tono divertido en un último intento de «venga, tío, que te estoy dando una salida, utilízala».

—Estabas empezando a contarme cómo fue tu última cita con Ulises.

Nada, que quiere ganarse el pan. *Fijo que se siente responsable porque le he traído un montón de galletas de su chocolate favorito ahora cree que me debe algo*.

Me apoyo sobre el respaldo del sillón y cedo.

—En resumidas cuentas, fue mal.

—¿Te importa elaborar, Trudy?

—Me habló de su coche, del campo de golf al que iba los domingos de lo carísimas que eran sus gafas de marca, de las buenas notas que sacaba en el instituto y de Marthia, la chica más popular que estaba coladita por él aunque Ulises nunca “hizo realidad sus sueños”.

A medida que hablo me doy cuenta de que… parece contento. No podría saberlo aunque lo intentara, Axton no es muy expresivo que digamos. *Imagino que es un requisito clave para su profesión*. Tiene treinta y cinco, los ojos azul claro y el pelo oscuro, despeinado, lo cual le da un toque informal a la elegancia que le obsequian sus trajes caros. Tiene muchos y todos le sientan… ¿bien? *No, «bien» no. OBSCENAMENTE bien y muy asdfghjklñ, sería una descripción más ajustada a la realidad. Sip.*

Una vez me contó que en el instituto jugaba mucho al baloncesto así que al menos, no es de esa clase de personas altísimas que desaprovechan sus capacidades naturales. Odio a esa gente.

—¿Trudy? ¿Sigues conmigo?

—Sí. Ulises. La cita. Fue un muermo, en serio. No paraba de decirme «pero qué tímida eres, ¿no? No hablas nada», pero en cuanto abría la boca me interrumpía. Encima está lo del camarero.

—¿El qué del camarero?

—Tenía más de setenta años y Ulises no paró de hacerle pasearse hablándole fatal y sin decir "por favor", ni "gracias" ni una sola puñetera vez. El muy snob.

—¿Y qué hiciste tú?

—¿Qué te hace pensar que hice algo?

—Una corazonada.

Me muerdo la lengua.

Axton espera y espera.

Capullo.

—Esperé a que Ulises se largara y ayudé a Steve a servir las mesas que le quedaban —admito—. No fue gran cosa.

—¿Steve?

—Sí, creo que eso ponía en su delantal. No me fijé mucho.

Se llamaba Steve Tokahara y sus dos hijos gemelos iban a encargarse del local la semana próxima para que él y su mujer Nanako pudieran irse a la costa a celebrar el aniversario de bodas. Steve me regaló un donut por la ayuda y yo fingí que no me moría de ganas de pedirle un abrazo.

Alzo la vista de nuevo a Axton y veo que asiente. No hace comentarios al respecto y no me parece ni bien, ni mal.

—¿Y qué hay de Key?

Mi corazón se salta un latido.

Soy profesora en un pueblo cerca de aquí, (siendo *aquí* la ciudad de Virginia). Key es un niño que no tiene padres y está en un centro de acogida. Le dije a Axton que me preocupaba un pelín que su fuente de cariño fuera… inexistente.

Mi psicólogo rara vez apunta nada en su libreta, así que me sorprende horrores que se acuerde de *todo* lo que digo. *Siempre*.

—La verdad es que tuve una idea.

—¿Qué idea?

—Pues una que puse en práctica los últimos dos días de clase.

—Trudy.

—Es que es una tontería.

—No —dice tajante, como si ese tema no estuviera abierto a dialogo Trudy Dark no dice tonterías, punto.

—Colgué en la puerta de clase unos dibujos divertidos sobre dos monigotes que se abrazaban, bailaban, chocaban los cinco o se saludaban con la mano. Cada niño, antes de entrar al aula, tocaba el dibujo que más le gustara y yo… —carraspeo poniéndome roja sintiéndome un poco ridícula y cursi—. Yo les daba un abrazo, bailaba con ellos, les chocaba los cinco o les saludaba con la mano, depende de lo que hubieran elegido.

Su silencio se alarga y yo cada vez estoy más roja.

—¿Qué te pidió Key, Trudy? —pregunta al fin.

Dardo directo al centro de la diana.

—No me acuerdo.

—Sí, sí te acuerdas.

—Un… Un abrazo. Los dos días.

Axton me mantiene la mirada. Las brasas se me acumulan en la garganta. Sonrío, pero la mirada se me vuelve vidriosa igual.

—Supongo que no ha sido una idea tan mala, al fin y al cabo –añado.

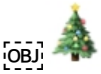
Me ofrece la caja de pañuelos que aún no había tocado y yo la acepto, murmurando que no la necesito para nada. La cosa es que Axton se queda ahí, de pie, frente a mi sillón. Alzo la vista hacia él *Dios, es una torre imponente*.

La intensidad de su mirada me aplasta contra el asiento. Al hablar su voz no es más que un susurro ronco.

—Si alguna vez necesitas un abrazo, Trudy, no hace falta que toques ningún dibujo.

Capítulo 2

Trudy



Hace ya diez meses que conozco a Axton Demon y todavía hay mucho a lo que no me acostumbro. Lo bien que huele, que debería ser ilegal. Su humor irónico que me hace cosquillas en el cerebro.

O sus mensajes, por ejemplo. Sí, se empeña en escribirme. Tengo una compañera de trabajo que es muy simpática, pero aparte de ella estoy bastante sola. *O del todo*. El día que se lo dije, porque la sinceridad de una consulta terapéutica no te permite tener ni un poquito de ego, él empezó a…

Mensaje de Axton, lunes: va a llover mucho por tu zona.

Mensaje de Axton, miércoles: una de las carreteras principales a la ciudad está cortada por obras.

Mensaje de Axton, sábado: [foto] estas galletas saben igual a las que me trajiste a consulta “hechas por ti”. No lo has oído de mí, pero me parece que Nestlé va a denunciarte por copyright.

Mensaje de Axton, jueves: llevo cien páginas del libro que me recomendaste. Eres tan graciosa. Entiendo que el libro de mindfulness que YO te recomendé era un poco denso, pero ESTO es una venganza desproporcionada.

Él no lo sabrá nunca, porque yo no voy a decírselo, pero es mi mejor amigo.

Hace ya un buen rato que la calefacción se ha apagado por el corte de luz, pero apenas me he dado cuenta. Lo hago cuando estornudo por

segunda vez y Axton suelta por lo bajo un «espera», camina hacia e armario y sé qué es lo que va a darme. Justo antes de abrir la puerta, s gira hacia mí y me pide:

—¿Puedes no mirar, por favor?

—¿Tienes revistas guarras en el armario de las mantas?

—No.

—¿Droga?

—Trudy.

—Vale, vale, no miro —desvío la vista hacia el exterior, donde l nieve no deja de caer adornando la ciudad de forma navideña.

Es precioso.

Lo odio con todas mis fuerzas.

Imagino que si ladeo la cabeza justo cuando oigo a Axton trastear e el armario, es porque siempre fui la pequeña de la casa, lo cual s traduce en: la más trasto y mentirosa. Mi madre solía decir que era u peligro, en especial, para mis hermanas mayores.

A día de hoy no entiendo a qué se refería, pero sí recuerdo que l mencionó después de que me colara en clase de mi hermana Alisha, do años mayor que yo, e inundara los cajones del escritorio de su profeso Rogershell de pegamento. El desagradable y grasiento matemático qu había ridiculizado a Alisha por equivocarse al hacer una de la divisiones difíciles. Las cámaras no me pillaron, pero perdí un coleter en el proceso. Uno que Alisha a veces me cogía. La castigaron, pero m hermana no se enfadó conmigo. Igual que Grace, tres años mayor qu Alisha, que tampoco se enfadó cuando quise meter cucarachas en e coche de su novio, que no paraba de hacerla llorar, y acabé metiéndola en el suyo. En mi defensa, era de noche y creí que no había nadi dentro.

Al girarme hacia la imagen de Axton trajinando en el armario.. bueno, digamos que pasan muchas cosas a la vez. Para empezar veo u reno. También unas guirnaldas rojas y verdes. Desde luego, veo u muñeco de nieve regordete y monísimo. Un puñado de bastones d caramelo, cascabeles, todos los adornos de la fábrica de regalos d Santa Claus…

—Creí que no te gustaba la Navidad.

—Te he pedido que no mirases. —Se espabila en coger lo qu necesita y cerrarlo.

—No has contestado a mi pregunta.

—No has hecho ninguna.

Se acerca a mí hasta que la punta de sus elegantes zapatos choca contra una de las patas de mi comodísimo sillón. *¿He mencionado ya lo bien que huele s-i-e-m-p-r-e?* No es solo la loción de afeitado, es algo más. *Es él.*

Mi corazón se vuelve un tambor tribal sin compás.

Un metrónomo descontrolado.

El eco de una estampida de ñus.

Disimulo como puedo, pero me aferro al sillón con tal de no cogerle de las muñecas. Las pocas veces que he roto mi norma no escrita de nada-de-contacto-físico-con-el-demonio, Axton Demon se ha quedado mirando mis dedos como si fueran una ecuación imposible de resolver: una con más letras que números.

Trago con dificultad mientras me coloca la manta en las piernas y la remete por los lados del sillón, como si no pudiera hacerlo sola.

—Axton. *Axton*.

—¿No puedes fingir que no has visto nada?

—Nop.

—¿Por qué?

—Porque estoy segura de que el colmo de un psicólogo es que barra sus asuntos bajo la alfombra, en vez de hablar las cosas.

Axton exhala, cediendo al tiempo que se deja caer sobre su sillón en plan dramático. *¿Puedes ser una *drama queen* si tienes la anatomía de un Transformer?* Acaricio la suavísima manta y debo haberme puesto mil litros de colonia hoy, porque siento que mi perfume está por todas partes.

—Vale.

—Dijiste que no te gusta la Navidad.

—Sí, lo dije.

—Pero tienes el armario lleno de adornos —retoma su hobby de no contestar—. Axton, ¿guardas ahí todos tus adornos cada vez que tengo una sesión contigo?

—Sí.

No esperaba sinceridad. *¿Qué digo? Dios, en el fondo, no esperaba que mis sospechas fueran ciertas.*

—¿Por qué?

—Porque odias la Navidad.

—¿Y? —pregunto en un resumen de *todo*.

«¿Y a ti que más te da, Axton?».

«¿Y qué tiene eso que ver contigo, Axton?».

«¿Y por qué ibas a tenerlo en cuenta, Axton?».

¿¡¿Y?!?

—No le des importancia —esto lo dice como si fuera un favo personal, como si estuviera a punto de ser vulnerable conmigo y l jodiera horrores tener que dejar de ser profesional porque yo le obligo.

Le lanzo un salvavidas.

—¿No estarás intentando sobornarme, verdad? Te advierto que n voy a ponerte cinco estrellas en mi reseña. Como Grinch tengo un reputación que mantener.

Me mira con total seriedad, con la inexpresividad decorándole hast la última peca… entonces sonríe. Y no es una sonrisa cordial que l pones a esa persona con la que te chocas por la calle mientras le dice «perdona». Es una gran sonrisa.

Épica.

Destruye-hormonas.

Asalta-sueños.

Derrite-ovarios.

Es una con todos los dientes que llega hasta sus ojazos. Me ve obligada a apartar la mirada. Me revuelvo más en el asiento. Cruzo la piernas. Sigo pensando en otro cambio de tema. No encuentro nada y é decide lanzarme una daga a la yugular.

—Hoy todavía no me has hablado de ellos.

—No.

—Pero sabes qué día es hoy.

Si no lo supiera, ayer no me habría decolorado un montón d mechones para luego teñirlos de fucsia en un desesperado intento d parecer otra persona. Si no lo supiera, hoy no habría tenido tanto problemas para salir de casa. Ni me habría destrozado la nari sonándome una y otra vez. ¿Mi máscara de pestañas? Ni siquier tendría que ser waterproof. Si no lo supiera, no necesitaría u psicólogo.

—¿Trudy?

—Es Nochebuena.

Me mantiene la mirada y me revuelvo en el comodísimo sillón de s despacho en la décimo sexta planta de un rascacielos de cuarenta. U despacho que se va haciendo más y más grande a medida que yo m hago pequeña.

Espero que me recrimine ser tan cobarde como para no decir ni un sola palabra al respecto. Que me eche en cara que soy una decepció

como ser humano, que me pida que salga de su despacho y que antes de darme la patada, me suelte que después de todo el trabajo que hemos estado haciendo juntos este último año, no he mejorado ni un poquitín.

Pero no lo hace. Axton sonríe con dulzura y pregunta:

—¿Qué vas a cenar esta noche?

—Una deliciosa pizza congelada. —Me encojo de hombros—. Para mí solo es un viernes más. ¿Qué piensas cenar tú? ¿Algo delicioso?

—No lo sé, todavía no tengo planes.

—¿Y que hay de Jake?

Jake es su mejor amigo, un geólogo que se ha prometido hace poco de una chica llamada Layla, que es ingeniera informática. Axton no se lleva muy bien con sus padres, razón por la que decidió estudiar psicología y razón por la que sé que Jake es su única familia.

—Está en Alaska, por trabajo. Layla se ha ido a verlo.

Una profunda grieta rasga mi corazón. Hay muchas personas que se merecen estar solas en Navidad. Los maltratadores, los abandonan mascotas, los camareros que te traen agua con gas cuando has pedido sin, los zurdos… pero Axton no.

—Lo siento mucho.

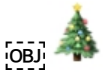
—Yo no.

—¿Como es eso?

—Si no, habría tenido que cancelar nuestra sesión y es la última.

Capítulo 3

Trudy



Preferiría que un duende me apuñalara con un bastón de caramelo gigante antes de volver a oírle decir eso.

—¿Crees…? —empiezo, pero hace tanto tiempo que no tengo ilusión por algo, que casi se me ha olvidado cómo pedirlo—. ¿Crees que podríamos alargar las sesiones unas semanas más? Tal vez hasta mediados de…

—No —dice tajante—. Estás lista para cerrar el ciclo de terapia. Ya han pasado diez meses. Has hecho un buen trabajo.

Sus palabras me convierten en una piedra que alguien acaba de tirar al lago más profundo de América. Fuerzo una sonrisa, pero me duele horrores porque Axton es la única persona con la que puedo hablar de verdad.

—¿Tienes prisa por desaparecer de mi vida, Demon?

—No es lo que he dicho. Ni lo que quiero.

Esta vez evito su mirada porque no quiero que vea a través de mí como hace siempre. No quiero que se dé cuenta de lo mucho que ilumina mi vida. Ni del vacío que va a dejarme. Pero sobre todo, no quiero que descubra que, a pesar de que yo no tengo libreta, también tengo apuntada cada palabra que ha pronunciado, aunque no sea con tinta.

Su voz siempre se queda conmigo cuando me voy de este edificio está en todas partes. Sé que soy patética por colgarme de alguien que me escucha porque le estoy pagando, pero cuando me llama a media tarde porque en la tele hablan de los cebos que le mencioné a explicarle por qué mi padre me castigó un mes entero sin llevarme de

pesca, parece que no lo hace porque le pago. Sino porque, en cierta medida, aprecia mi compañía.

—Trudy, me gustaría proponerte…

—Toma —le interrumpo cuando consigo sacarla del bolso—. Te he escrito una carta.

—¿A mí?

—No, a Santa Claus. Sí, a ti.

—¿Puedo verla? —de repente parece ilusionado y tengo ganas de echarme atrás.

Antes de que coja el sobre, muevo mi mano quitándolo de su alcance.

—Ni se te ocurra abrirla todavía.

—No osaría.

—Prométemelo, Demon.

—Te lo prometo, Dark —dice con su voz profunda capaz de erizarme todo el vello del cuerpo. La sostiene, mira su nombre escrito de mi puño y letra, y luego la guarda en un bolsillo interior de su chaqueta de traje, como si soltarla en la mesa con el resto de sus papeles fuera una falta de respeto—. ¿Por qué una carta y no un mensaje?

—Me parecía más bonito —me encojo de hombros—. Saqué la idea de una compañera de trabajo, D'Angelo, te he hablado de ella algunas veces.

—Cleo, sí, la profesora de matemáticas.

—La misma. Tiene una amiga que solo se comunica por carta con su hermano y su madrastra. Se escriben muchísimas. No entendí muy bien por qué. Quizá es que no se llevan bien y es su manera de mantener las distancias. Como antisocial, lo entiendo, la verdad.

—Entonces no se escribirían montones, ¿no crees?

—Pues también es verdad. ¿Qué sentido crees que tiene?

—Quizá quieran un recuerdo.

—¿De sus conversaciones? —alzo una ceja rememorando todas las estupideces que salen por mi boca a lo largo del día, que a duras penas merecen ser escuchadas por otro ser humano una sola vez.

—De su vida juntos.

—Eso es… —parpadeo. Luego un poco más—. Muy profundo, en realidad. Y precioso. Le sacaré el tema cuando vuelva a Mountville después de las fiestas. A ver qué averiguo.

—Mantenme informado.

—Claro —digo, aunque ambos sabemos que es mentira.

Que no vamos a volver a hablar. Que hoy cuando salga por esa puerta, Axton borrará mi número y no volveré a saber de él.

—Trud, sobre lo de nuestras sesiones… —Axton deja de hablar cuando Kash cruza la puerta como un huracán—. ¿No sabes llamar?

—Oh, creí que ya te habrías largado. Hola, Trudy —me saluda el chico rubio tan parecido a Axton y a su vez, completamente diferente.

—Lárgate, Kash.

—¿Interrumpo algo? Uhhh, os habéis puesto velitas, que romántico.

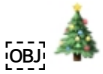
—Que te largues —le dice Axton en un gruñido arisco, algo que jamás usa conmigo, pero que reverbera por mi espina dorsal con anhelo de que lo haga.

En mi juventud fui lectora de dark romance. Hace meses que no consigo abrir un libro, pero el instinto sigue ahí.

—Enseguida. Solo quiero robarte los pósits, que me he quedado sin. Eh, ¿y los que tienen forma de caballito de mar? ¿Ya los has gastado? A Elisabeth solo le gustan esos. —El hermano de Axton sigue hablando pero yo me he quedado un poco en trance pensando en… *eso*.

Capítulo 4

Trudy





Hacía solo tres meses que nos conocíamos, cinco del peor día de mi vida. Y daba la casualidad de que ese día, justo ese día, habría sido el cumpleaños de mi hermana Alisha si todavía siguiera con vida.

Falté al trabajo, pero me vestí y salí a la calle para mi sesión con Axton. El quid de la cuestión fue que al llegar al edificio no pude. Estaba muy ocupada teniendo un ataque de ansiedad súper pública como para cruzar las puertas giratorias, meterme en el ascensor y buscar su planta.

Las lágrimas me ardían en las mejillas, mi corazón se sacudía con violencia y ganas de rendirse, y el oxígeno empezaba a escasear.

Teniendo eso en cuenta, a nadie debería sorprenderle que no fuera plenamente consciente de que una mano grande y fuerte me rodeaba la muñeca, tiraba de mí y me metía en un coche. ¿Qué digo? No siquiera un pelín consciente. Pero el sonido de la ciudad de Virginia había quedado amortiguado y ahora mis sollozos eran los protagonistas de la peli.

Debieron pasar veinte minutos hasta que me di cuenta de que estaba sentada en el asiento del copiloto del coche de Axton. Alcé la vista y ahí estaba él, mirándome con compasión y entereza. Mi primera reacción fue vergüenza, empecé a sentir fuego subiéndome por el cuello, por la cara y las orejas.

—Dios. Lo.. siento. Es solo que… yo…

Con la mano libre, me deja unos pósits y un bolígrafo en el regazo luego mueve la barbilla hacia ellos.

Entiendo lo que quiere decir, pero me tiemblan tanto los dedos que apenas consigo escribir «cumpleaños», «Alisha» y «30». Se lo enseño con la mano que no me tiene cogida.

Asiente, arranca el coche y nos vamos.

No dejo de llorar en todo el trayecto hasta la pastelería. No una cualquiera, es «la pastelería». Esa a la que veníamos las tres solas una vez al mes, lloviera o nevara. Grace siempre decía que elegiríamos nuestra tarta de boda aquí el día que una de las tres se casara. Una tradición que instauramos cuando me gradué en la universidad y que mantuvimos durante cinco malditos años sin fallar.

Y ahora Axton quiere que entre ahí.

—No puedo hacerlo. —Clavo mis talones al suelo, sabiendo que no tengo nada que hacer contra él si decide ponerse en plan hombre-de las-cavernas y meterme ahí por la fuerza.

—Sí que puedes. —Se apoya en la puerta cerrada del copiloto y cruza las piernas por los tobillos, como si pensara quedarse ahí hasta el fin de los tiempos.

—No puedes obligarme.

—Nunca te he obligado a nada.

Eso es verdad. Me paseo delante suyo. Tengo ganas de vomitar.

—¿Esto te parece una buena idea después de mi ataque de pánico?

—No estoy seguro —admite analizando mi rostro con un cariño que no me es indiferente.

—Axton…

—Escucha, este sitio te hizo muy feliz, tú lo dijiste. Podemos irnos si quieres o podemos entrar y pedir algo que solierais comer, en honor a…

—No. No puedo. Quiero irme.

Me coge de la muñeca impidiéndome correr al asiento del copiloto y esconderme en su coche. Al mirarle, el sol de la tarde se refleja en sus ojos de ese azul intenso imposible que tiene.

—Escucha, Trud.

—No me llames Trud, ya tengo un nombre de vieja decrépita, si usas el diminutivo me vuelves un dinosaurio.

Me coge de las mejillas y se moja las manos porque estoy llorando otra vez.

Porque Alisha no está aquí conmigo.

Porque no puede decirme que odia hacerse mayor.

Porque tampoco puede quejarse de que los anuncios que le salen en YouTube son solo de cremas antiarrugas, ni de que un chavalín de diecinueve acaba de llamarla «señora» en la cola del supermercado.

Ella nunca va a volver. Y Grace tampoco.

—¿Sigues conmigo, Trudy?

—S-sí.

—Quedémonos aquí fuera un rato. Hablemos. Hoy no voy a pedirte nada más, ¿vale?

Me pregunto qué no será capaz de conseguir con semejante tono dulce.

—Vale.

Axton aprieta los labios y casi parece… es imposible, pero casi parece que tenga ganas de besarme.

—Trud.

—Que. No. Me. Llames. Trud.

—Tienes la etiqueta colgando del cuello de la chaqueta. ¿Es porque piensas devolverlo? ¿Eres una de esas?

—Oh, no, es solo que… —me muevo para arrancarla de un tirón deseando poder hacer lo mismo con todo lo que me duele—. Me deshice de todo lo que tenía. Fue antes de conocerte. Ahora suelo consultarte las cosas porque das buenos consejos. Aunque si me obligas a entrar en la pastelería, voy a tener que despedirte.

Me quita la etiqueta de las manos y se la guarda en el bolsillo de su chaqueta.

—¿Te deshiciste de todo lo que era de…?

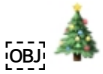
—No. Me deshice de todo, todo.

No hace más comentarios al respecto.

Ese día no entramos en la pastelería, pero cuatro semanas después le pregunto si puedo invitarle a un trozo de tarta y él me dice que sí.

Capítulo 5

Trudy



—Que pases buenas fiestas, Trudy —dice Kash trayéndome de vuelta a la realidad, al despacho, al apagón, a las velas en la consulta y a Axton.

Respondo un «igualmente» acompañado de una sonrisa, ambas cosas quedando amortiguadas por la erguida presencia de Axton entre nosotros. Se ha levantado y parece dispuesto a lanzar a su hermano por la ventana con tal de sacarlo de aquí.

Cuando Axton cierra la puerta, lo hace como si no fuera a volver a abrirla.

—Perdónalo, es insoportable por naturaleza.

—No pasa nada —disimulo una risita.

Axton abre un cajón de su escritorio y me trae algo. Lo deja en la mesita de café que está a mi lado, en la que suelo poner mis infusiones. Es un boli y... y... un montón de pósits de caballitos de mar.

A mi corazón le da hipo.

—Será nuestro secreto —comenta ocupando su sillón.

—Y dime, ¿habéis pensado ya lo de hacer terapia juntos?

—Eres tronchante.

—Me lo dicen mucho —*no*—. ¿Te importa si me descalzo?

—Lo que me importa es que sigas pidiéndome permiso después de noventa mil ochocientas sesiones —comenta, pero no muevo ni un músculo. Pone los ojos en blanco y gruñe como un buen Transformer— Sí, Trudy, puedes quitártelos.

—Gracias, Demon.

Subo las piernas al sillón y me recoloco la manta para que me tape hasta el dedo meñique. *Dios, qué suave es. Madre mía, es mi manta*

favorita. Es lo mejor que he tocado nunca. ¿La que tuve cuando tenía tres años a la que le puse nombre? Era papel de lija en comparación con esta.

—¿Ya estamos otra vez? ¿Te traigo otro paquete de pañuelos?

—Es que es una manta genial.

—Si tú lo dices.

—¿Te burlas de mi alegría materialista?

—Legalmente no puedo, pero cuando terminemos la sesión me voy a echar unas risas.

—Eres un… —dejo de hablar cuando la suavidad de la manta se vuelve puntiaguda y áspera. *¿Qué acabo de to…?* La etiqueta. Mi boca se abre con forma de «o» al leer la palabra escrita en rojo—. Pone Trudy. ¿Por qué pone mi nombre?

Se le abren los ojos con espanto un segundo. Y los labios. Luego cierra la boca, se pasa una mano por el pelo y se inclina al borde de su sillón emitiendo sonidos que en ningún caso son una palabra.

—Yo…

—¿Esta es mí manta? —me señalo sintiéndome más halagada que nunca.

Exhala, se deja caer sobre el respaldo. Se frota la cara y niega con la cabeza. Después de diez meses con él, tengo un máster en filología Axton-Demon. Por eso sé que no lo hace en plan «no, no es tuya», lo hace en plan «¿no es evidente? Dios, no sé qué decir».

—¿Es porque los demás pacientes no tienen frío? ¿Por eso escribiste mi nombre? ¿Para acordarte de quién la usaba?

—No lo escribí yo, fue… Jake. —No mueve ni un músculo, como si cualquier gesto corporal pudiera tirarle de la lengua y acabar contándome, no sé, dónde la compró o algo igual de loco.

—¿Tu amigo el que estudia glaciares? —pregunto, aunque ya sé que es ese Jake—. ¿Cómo sabe él como me llamo?

No contesta.

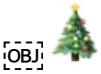
Los engranajes de mi cabeza, a diferencia de la electricidad del edificio, funcionan de alucine. Por eso empiezo a sentirme como el puto culo.

Existe la confidencialidad terapeuta-cliente, sí, pero no es eso lo que me encharca el paladar de amargura. Yo confío en Axton mucho más allá de nuestra relación profesional. Sé que para él no soy nada más que trabajo, pero para mí él… Es el único que me entiende, que me ve por muchos escudos que interponga entre nosotros.

La idea de que haya estado hablando de mí con Jake es tan dolorosa que... *Joder, es una traición de alto nivel*. Cada palabra que le he escrito en la carta se clava bajo mi piel como astillas. Busco mis zapatos a toda prisa.

Capítulo 6

Trudy



—Debería irme ya.

—Espera.

—No, en serio, ya está bien por hoy.

—Trudy, para —dice y tiene suerte de que la tira de mis tacones no colabore porque si no ya habría cruzado la puerta—. Deja que me explique.

—¿Explicarme qué? ¿Cómo le cuentas lo penosa que soy a tu amigo? Prefiero que me ahorres los detalles. Aunque sí me gustaría saber, ¿a quién más le has contado que doy lástima? ¿Lo sabe también Layla? ¿El cartero? ¿Existe un canal de YouTube que...?

—No le he contado a Jake *nada* de lo que ha salido de tu boca.

—Ya, pero de lo que tú opinas de mí seguro que...

—No —dice tan tajante que doy un respingo. Su tono se suaviza a instante como si alzarme la voz diera error en su software—. No es eso. Jake vino a verme y la manta todavía estaba en el sillón, le dije que no la tocara y él se puso a...

—¿A qué?

—A fingir que era uno de mis pacientes. A veces puede ser un poco gilipollas. A ti te gusta esa manta y... bueno, le pedí que me la devolviera. Al ver que tenía interés... Mira, sí, mencioné tu nombre. Le dije que era tuya, que eras mi paciente y que no me hacía puta gracia que la tocara, pero nada más —suelta de carrerilla—. Se la quité de las manos y la guardé en el armario, así que no sé cuándo mierda escribió eso. Pero puedes estar segura de que no le conté nada más. Si no me crees, puedes buscarte un abogado y denunciarme, aunque ojalá no lo hagas.

—Te creo.

—Me crees —repite para sí, exhalando aliviado.

Siento que le he quitado un caramelo a un niño y que acabo de devolvérselo.

—¿Por qué has dicho que es mía?

—Porque es tuya. Eres la única que la ha usado.

Mi cabeza vuela a esas dos semanas, hace dos o tres meses, cuando se le estropeó la ventana y no cerraba bien. Me cuesta mucho creer que nadie necesitara una manta, con el frío que hacía aquí dentro, pero no lo comento. Lo que sí digo es:

—Lo siento.

—¿Qué sientes?

—Haber asumido el peor escenario posible sin darte la opción a explicarte.

—Sí me la has dado. Te has quedado a escucharme —dice compartiendo sus caramelos conmigo—. Oye, ¿puedes volver a sentarte?

—Solo si no te enfadas conmigo porque no haya podido comprarme y ponerme un suéter navideño, pese a que te prometí que lo haría.

Sus ojos sonríen, pero su mandíbula se tensa y mi bajo vientre también. Doy un paso atrás antes de darle razones de peso para que me denuncie él a mí.

Sé que no soy su psicóloga y que no tengo derecho a preguntar, pero cuando me apoyo en su escritorio, se me escapa sin más.

—Me dijiste que la relación con tus padres no era buena, ¿te referías a lo mismo que tienes con Kash?

—No.

Me muerdo el labio inferior y asiento en una súplica silenciosa de que se abra. Una vez más, no me lo merezco, pero *ojalá*.

—Soy adoptado y digamos que mi madre se arrepintió de la decisión cuando llevaba cuatro años en casa.

—Axton —jadeo y él se encoge de hombros.

—Mi padre rara vez estaba con nosotros así que no estaba tan en mi contra.

—¿Pero por… por qué? No lo entiendo, ¿cómo podría alguien…? ¿Con cuatro años te…?

Su mano coge la mía y la acaricia mientras me mira desde las alturas.

—Para ella solo era un recuerdo de su infertilidad. Creyó que adoptar borraría todo su dolor, pero no fue así. Más bien consiguió ponerle un foco encima.

—No tenía derecho a pagarlo contigo. —Llevo mi mano libre a su mejilla y esta vez soy yo quien intenta apartar la oscuridad con caricias —. ¿Tu padre no hizo nada para…?

—No.

—¿Te hablas con ella? ¿Con alguno?

—La verdad es que no. —Se inclina un poco hacia mi palma hundiéndose en mi caricia, volviendo sumisas todas mis hormonas.

—Bien. No lo hagas. No te merecen. —Apenas me doy cuenta de a qué parte de mi cara han caído sus ojos, porque una realidad me golpea el hipotálamo—. Un segundo, ¿dices que Kash no es tu hermano? Pero eso no tiene sentido, si os parecéis un montón, ¿cómo no vais a ser hermanos?

—¿Parecernos? —se le escapa una risa airosa—. Él es rubio, yo moreno, él tiene los ojos castaños, yo azules, él podría ser un elfo de Santa Claus y yo en el ajedrez soy…

El rey.

—Pero en la forma de hablar, las expresiones faciales y… bueno, a mí me lo parecía. —*Ahora ya no estoy tan segura,* pienso mientras me froto la barbilla.

—Todo se pega, supongo. Kash es hijo de otra mujer. Mi madre quiso guardar las apariencias cuando se enteró de la infidelidad de mi padre y pagaron mucho dinero a la chica con la que él… —aprieta los dientes—. Si no fuera por las apariencias, se habrían divorciado y a Kash y a mí nos habrían mandado a un internado. Ojalá lo hubieran hecho.

Odia hablar del tema, traer a sus padres a su realidad, y yo odio que su familia sea un tema que le duela así. *Joder, la vida es un puto puzzle mal hecho. Nada encaja donde debería.*

No puedo evitarlo, me lanzo a su cuello. Le rodeo, lo abrazo en un intento de sostenerlo, de cuidarlo, de alejar la tormenta que traen consigo los recuerdos.

—Siento que tuvieras que pasar por todo eso, tú no tenías la culpa de nada, Axton, solo eras un niño —lloriqueo en su oído, porque soy una llorica.

Él me aprieta más fuerte contra sí y casi puedo imaginarme lo que sería ser suya. Convertirme en la afortunadísima mujer que lo recibiera

cada noche después de un turno complicado ayudando a gente que lo necesita.

Duele horrores, como todo lo bueno que pruebas que sabes que *nunca* vas a poder tener por mucho, muchísimo que lo desees. *Como quien entra en un palacio y sabe que luego va a tener que volver al puente bajo el que vive.*

—Trud, hay algo que quiero decirte.

—¿Más? —le aprieto con fuerza aterrada de un posible añadido a la historia, quizá sobre una mascota asesinada o de un tercer hermano perdido—. Vale. No pretendo ser insensible, pero me vas a destrozar. Adelante.

—Eres mucho más fuerte de lo que crees. Mucho más fuerte que yo y me encantaría que dejaras de subestimarte —pide y suena a llevo siglos-deseando-soltarlo.

Me separo un poco. Sigo en sus brazos, pero ahora puedo mirarle a la cara. La tensión en el ambiente es tan alta que me veo obligada a compensarlo.

—No lo soy y has vuelto a llamarme Trud.

—Y así va a seguir siendo.

—Pues te declaro mi enemigo acérrimo.

—Me parece estupendo.

—¿Sabes qué? ¡Que acabas de perder todas las estrellas de tu reseña!

—¿Todas? ¿De verdad?

—¡Las cinco!

Se ríe. Yo también.

El silencio crece entre Axton y yo, pero no la distancia.

—Lo que quiero decirte es sobre nosotros. —Sus manos bajan a mis caderas—. Sobre lo que quiero que pase a partir de mañana.

—Ahhh, entiendo. Quieres que borre tu número, que me asegure de no saludarte si te veo y…

—No, en realidad no —asegura. En ese momento, Kash lo llama a gritos con ese tono de voz aburrido y exasperado que lo caracteriza tanto—. Tengo que ponerle un cerrojo a esta puerta.

—Asustarías a tus pacientes —*a mí no, a otros.*

A mí puedes atarme las manos y hacerme lo que quieras.

Axton pega mi frente a la suya y la mirada que me lanza es tal, que dudo si me ha oído. *Sé que no lo he dicho en voz alta, pero…* Sus labios están tan cerca de los míos que me paraliza y me seca la garganta.

Antes de que su hermano vuelva a entrar en su despacho, Axtor retrocede, se aleja de mí para ir a buscarlo. Hasta la última célula de m cuerpo grita en añoranza. Se quejan de que no me esté tocando.

Una vez en el marco de la puerta, se gira y me lanza una larga mirada.

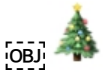
—Por favor, no te vayas, Trudy. Quédate. Todavía hay mucho que quiero decirte.

—N-no lo haré. Te lo prometo.

Axton se marcha y me llevo una mano al pecho con tal de calmar m acelerado corazón con complejo de F1.

Capítulo 7

Axton



—Ya puedes estar muriéndote —digo entrando en un despacho iluminado con un montón de linternas de Batman—. ¿Y Elisabeth?

—Ya se ha ido hace rato. Estás rojo, ¿has venido corriendo? Qué tierno. Dime, porque necesito saberlo, ¿has vuelto a esconder los adornos de Navidad para tu sesión? —Se carcajea—. Eres patético.

—¿Para qué me has llamado?

—Me dijiste que solo lo habías hecho una vez. ¿Vas a confesarme en algún futuro cercano que lo haces siempre para que la niña de tus ojos no llore?

—*Kash*.

—Y todo porque ella odia la Navidad, ¿qué le pasó? ¿De pequeña no le trajeron la Barbie que quería?

Lo cojo por el jersey de Santa Claus y sus elfos, lo levanto y lo pego a la pared.

—Tío, estás empezando a…

—Mi teléfono funciona.

—Tu teléfono no puede funcionar, si no hay luz, atontado —ladro y justo en ese momento, las luces de techo parpadean y se encienden.

Le suelto.

Kash sonríe y me pone una mano en el hombro.

—¿Ves? Para eso te he llamado. En serio, ¿qué coño le pasó a Trudy que fuera *tan* malo como para tener que estar aguantándote a ti casi un puto año entero? —Se escabulle de mi alcance antes de que lo agarre otra vez—. No te hagas el estrecho y cuéntamelo, anda.

—Que me lo estés preguntando tú, precisamente, hace que me preocupe por tus pacientes.

—Soy tu hermano. No existe la confidencialidad entre la familia.

—Lo que vas a ser es un muerto como vuelvas a interrumpir m sesión. ¿Estamos?

—Vale, vale, calma —se carcajea—. Ya me largo, que disfrutes de… – se detiene en la puerta de su despacho y pone cara de haberse tragad un medicamento amargo—. Oye, ¿tienes planes para esta noche?

—¿Qué?

—Bueno, eso, que si no tienes, podrías venirte a mi casa. – Carraspea—. Mi novia y yo hacemos una fiesta. Va a venir todo e mundo. Ni siquiera tendremos que hablar el uno con el otro. ¿Te apetece unirte?

—No.

—Buah, menos mal. Gracias por rechazarlo. Habría sido raro ¿verdad?

Me arranca una carcajada.

—Verdad. Pírate ya, anda.

—Con gusto. Feliz Navidad, Axton.

—Feliz Navidad, Kash. —Me quedo mirando su sofá cuando se marcha y pienso en que se parece mucho al de casa de Trud.



No hace mucho que vivo en Mountville. Me gustaba lo cerca qu estaba de la playa y de mi oficina en la ciudad. Aparco el coche y voy al supermercado. Aunque no necesito comprar gran cosa, no me apetece volver a un piso vacío. Ni siquiera sabía que ella vivía aquí pero resulta evidente cuando la encuentro en el pasillo de las golosinas, con un chándal ancho empapado por la lluvia y la nariz roja, pero no del frío. Tiene la mirada vidriosa y está aferrada a un tarro de miel.

—¿Trud?

—Todos los niños deberían poder comer dulces, ¿no crees? Son niños. Tienen que estar sanos, pero también tienen que disfrutar. Y yo propuse que fuera un premio, pero no deberían tener que ganárselos.

—Vale… —me acerco a ella, aunque no estoy seguro de que me vea siquiera.

—Sé que la madre de Seth no quiere que "Seth se desgracie la dentadura" y se lo tiene prohibido, pero venga ya. Es cruel. ¿Quién se

ha muerto por una caries de vez en cuando? Encima ella no tiene qu ver la cara de pena de su hijo, que no se atreve ni a levantar la mano p participar en los juegos que pueden hacerle ganar. —Señala su carr —. Así que he pensado que mañana voy a regalarles golosinas, porqu sí, porque soy su maestra. Que luego me denuncien por ser una mal influencia, no me importa. ¿Pero y si no se los come, Axton?

—Lo hará si de verdad lo quiere.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque resistirse a la tentación de lo que más anhelas e jodidamente difícil para un adulto, más todavía si lo tienes delante d ti, a tu alcance. Imagínate para un niño. Sería imposible.

Sonríe un poco, sé que en realidad ella no está hablando d golosinas. Al menos, no solo.

—Menos mal.

—Oye, Trud, estás empapada y congelada. Deberías irte a casa.

—No quiero irme a casa.

—¿Por qué no? —no me contesta, pero no hace falta—. Oye, podría invitarme a una infusión, por las que me robas dos veces por semana ¿no? Digo, a menos que tu objetivo sea arruinarme. Y de paso podemos meter los caramelos en las bolsas. ¿Te parecería bien? – Estoy convencido de que va a negarse, pero se abalanza sobre mí y m rodea el cuerpo en un abrazo sentido.

Suerte tengo de que no se dé cuenta de con qué necesidad se l devuelvo.

Al llegar a su casa, se empeña en preparar ella las infusiones. Est claro que no sabe que no estoy aquí por eso. La convenzo para qu vaya a cambiarse de ropa, a ponerse algo seco mientras yo m encargo de las bebidas.

Accede y lo hace gritándome cosas sobre los caramelos. Al cabo d unos minutos, cuando veo que no vuelve y que tampoco habla, voy buscarla. No pretendo deambular por una casa que no es mía, pero l cierto es que la encuentro bastante rápido. Se ha quedado frita en e sofá, hecha un ovillo.

Suelto las infusiones y me siento frente a ella, en la mesita de caf que se parece mucho a la que tengo yo en casa, esa en la que nunc voy a tomar café. A medida que pasan los segundos, la paz que s refleja en su rostro, se me contagia. Y aun así, me cuesta respirar. Qu contradictorio. Le aparto el pelo de la cara en una caricia y también

la mejilla. Le recojo la mano que se ha quedado en el borde del sofá y la meto bajo la manta con la que la tapo.

—Ojalá pudiera hacer que tu dolor desapareciera —susurro.

Incluso aunque eso supusiera que tú y yo nunca llegáramos a conocernos.

La mano que acabo de tocarle se cierra alrededor de mi dedo índice y me deja paralizado. En trance.

—No te vayas —murmura dormida, con voz llorosa.

Me pone el corazón en la puta garganta y apenas soy capaz decirle todo lo que pienso mientras le pongo mi otra mano encima en un intento de calentarla. Protegerla de lo que siente. Está helada, pero menos que antes. Y es tan… suave. Tan ella. Y huele tan…

De repente una vibración. Y otra. Otra más.

Joder.

***Mensaje de Cleo D'Angelo:** corazón, te has quedado triste hoy y me preocupas.*

***Mensaje de Cleo D'Angelo:** piensa que cuando sea mayor, Seth podrá atascarse las arterias con toooodo tipo de guarradas y compensar el tiempo perdido. ¿Qué digo? Seguro que cuando llegue a la adolescencia.*

***Mensaje de Cleo D'Angelo:** escríbeme si necesitas cualquier cosa, ¿vale? Las mamis primerizas necesitamos excusas baratas para salir de casa en busca de una copa de vino. O de un botellín de cerveza, según toque.*

Vale, me he excedido. No debería haberlo leído, pero la sonrisa no me la quita nadie.

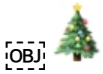
Me alegra ver que tiene alguien más aparte de mí que se preocupa. Debería tener una puta legión por lo buena que es. Joder, se preocupa por todos menos de sí misma. ¿Y a ella quién coño la cuida? «Yo» susurra una voz y sonrío un poco más, como un gilipollas que no lo es tanto como para creerse merecedor de Trudy Dark.

En silencio, con la mano libre, empiezo a guardar caramelos en las bolsas con forma de oso panda, jirafa o elefante.

Mountville no sabe la suerte que tiene.

Capítulo 8

Axton



Ya estoy en el pasillo cuando el crujido de papel me recuerda lo que he guardado ahí. *Mi tesoro*. La carta de Trudy Dark. Me detengo. Las reglas eran claras: no leerla delante suyo. Vuelvo sobre mis pasos y cierro la puerta del despacho de mi hermano.

Me ha prometido que no se irá y confío en ella, así que me apoyo en el escritorio de Kash, saco la carta del sobre y la desdoblo.

Querido doctor Axton Demon: gracias.

Eres una persona excepcional y sí, voy a ponerte cinco estrellas aunque esta reseña prefiero que solo la leas tú.

Me tendiste la mano cuando creí que mi vida había acabado. Perder a mis hermanas y a mis padres en el incendio de la casa de mi infancia, me destrozó. No creí que pudiera volver a sentir alegría nunca más y mucho menos que me *mereciera* sentirla. ¿Por qué iba a tener derecho a vivir cuando ellos…?

Durante meses me pregunté si de estar allí en el momento en el que ocurrió todo, las cosas habrían cambiado en algo, si el resultado habría sido distinto o no. Si mi madre hubiera mandado a Alisha o a Grace a por los ingredientes que le faltaban para la cena, ¿me habría dado cuenta de que el árbol de la entrada se había vuelto una bola de fuego antes de que fuera demasiado tarde?

Ya no me lo pregunto. Gracias a ti he aceptado que así fue como pasaron las cosas y que no tengo ningún poder para cambiarlas. Pero

eso no es todo. Te has cargado mi culpabilidad por estar viva y si te soy sincera, ni siquiera sé cómo lo has hecho.

Tampoco sé cómo has logrado que me vuelva a funcionar el corazón, ni cómo has obligado al pobre a que te quiera tanto.

Dudo que la herida de todo lo que perdí esas Navidades deje de sangrarme alguna vez, pero ahora soy mucho más fuerte. *Tú* me has hecho fuerte. Resulta que tras la peor Navidad de mi vida, ha llegado algo tan magnífico como tú y aunque quieras que esto acabe aquí tienes que saber que yo nunca me olvidaré de lo que has hecho por mí.

No quería incomodarte, así que me he esforzado mucho en mantener las distancias, pero eres… *Exacto*, ni siquiera sé cómo describirte.

En cierta medida, me has jodido la vida. Sí, siéntete fatal porque ahora no voy a poder enamorarme de ningún otro chico.

Tal vez adopte a un cachorro y vuelva a visitarte dentro de un porrón de años, cuando pase a mejor vida y me muera de la pena prometiéndole al universo que nunca-jamás volveré a adoptar a otra mascota.

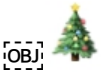
Espero que para entonces ya te hayas casado y tenido los hijos que sé que quieres tener. Axton Demon, te mereces todo lo bueno que tenga para dar este mundo.

Siempre tuya.

Trudy Dark.

Capítulo 9

Trudy



Poco después de que Axton se marche, la luz vuelve y me sorprende que el mundo no haya dejado de girar porque yo todavía estoy hiperventilando. Reconozco que siento un retortijón en el estómago de la desilusión y hasta se me escapa un «no» tristón. Porque si vuelve la luz, la pantalla del ordenador de mesa que siempre nos advierte de la hora que es, gritará alto y claro que ya se nos ha acabado el tiempo de la sesión. Entonces Axton se despedirá de mí.

Se irá y no volveré a verle.

Porque él no quiere.

Porque para Axton yo solo soy trabajo, aunque para mí, él…

Doy un respingo cuando empieza a sonar el teléfono. Lo miro dudosa de si debería cogerlo y actuar como la recepcionista de un hotel o algo así, pero no tengo tiempo. La llamada va directa al buzón de voz es casi inmediato.

—Eh, Axton, ¿qué coño haces? Espabila y mueve el culo a casa, que Layla ya ha sacado la lasaña del horno y mis famosísimas patatas ya están a punto —dice la voz de un hombre joven, me imagino que de la edad de Axton.

¿Ha dicho Layla? *Espera, ¿es Jake? Pero no puede ser, esa Layla está en Alaska, Axton lo ha dicho antes. Será otra persona que da la casualidad de que tiene el mismo nombre.*

—Todavía no te he dado el regalo que te traje de Alaska y se va a derretir. No te doy más pistas. Ven cuanto antes, ¿vale? Y tráete al amor de tu vida.

El mensaje de voz termina y el absoluto silencio hace eco en mi corazón, agrietándolo como un hielo que cae a un vaso de agua

templada.

Sale con alguien.

Nunca me he roto una costilla, pero imagino que lo que siento debe ser similar a cuando una partida te atraviesa el pulmón y te lo encharca de sangre. No. Puedo. Respirar.

Lo único que oigo son los golpes desesperados de mi corazón intentando salir de su jaula, escapar, largarse a un lugar que duela menos que este. Tiene novia. *No, no, joder, es algo más que eso. Es el puto amor de su vida. Mi nombre no tendrá lugar ni en los márgenes de su futuro, el capítulo está completo, ciao, te has quedado fuera guapa.*

Busco mi bolso en el suelo mientras parpadeo rápido para alejar la emoción que no quiero derramar aquí, no todavía, pero cuando doy una zancada hacia la puerta dispuesta a salir por patas, Axton ya está ahí, en el marco. Por su posición estática y su mirada intensa... ha oído el mensaje. Sabe que yo también.

Suelto las palabras que tengo en la punta de la lengua antes de que me las trague y me ahogue.

—Axton, me siento fatal por haberte hecho trabajar un día como hoy. Tienes a toda esa gente esperándote y yo... —Me pellizco la lengua con los dientes, me llevo una mano a la frente y me despeino el flequillo —. *Dios,* has tenido que mentirme para que no me diera cuenta de que has accedido a verme por pena. Qué vergüenza.

Doy unas zancadas hacia él, a sabiendas de que si no me largo de inmediato explotaré en confeti de bochorno. Axton cierra la puerta tras de sí, se apoya en ella y apaga la luz de la sala, dejándonos de nuevo solo con las velas.

—Ya has perdido demasiado tiempo, muévete para que pueda...

—No he perdido el tiempo.

—Me has mentido para...

—Para que no cancelaras un plan que me hacía ilusión.

Ilusión.

Mi corazón se salta quince latidos.

—No hace falta que me mientas para hacerme sentir mejor.

—Nunca te he mentido. En nada.

Dios, tiene que dejar de hablar con tanto aplomo, me va a dar algo.

—A partir de este momento, yo ya no soy tu psicólogo, Trudy.

—¿Por qué no? —pregunto, dispuesta a suplicar, por muy bajo que eso me haga caer—. ¿Tan… *desagradable* soy?

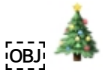
—No.

—Debo serlo. Las acciones demuestran más que las palabras. Puedo pagarte más, si es eso lo que quieres. El doble. Todavía puedo ser aun más penosa, doctor Demon. Venderé algunas cosas que tenga por casa y conseguiré… —su aliento cálido y mentolado acaricia mis labios a inclinarse hacia mí, la tela de su corbata roza mis pechos al reducir más la distancia y mi cabeza repite en bucle la forma profunda, grave y ronca, digna de una bestia, en la que ha pronunciado «Trud».

En un impulso urgente, sus labios chocan contra los míos.

Capítulo 10

Trudy



No sé si es él quien me abre la boca para meterme la lengua hasta la campanilla o si soy yo quien se lo suplica, pero gimo con intensidad dos segundos después de ser arrastrada a semejante beso.

Hundo las manos en su pelo mientras Axton baja las suyas a la parte baja de mi espalda y me pega a sí con necesidad. Nos estamos frotando el uno contra el otro y de forma salvaje, como dos animales en celo. Entonces, un séquito de pensamientos terribles me sacuden. Él nota mi cambio, se separa y me mira con los labios rojos, hinchados por lo que han hecho contra los míos.

—¿Sigo?

—¿Quieres hacerlo? —pregunto jadeante, incapaz de decidirme si lo hace por pena o no, plenamente consciente de que no me recuperaría del golpe si así fuera.

Axton me mira como si fuera adorable, como si le sorprendiera como si estuviera loca y como si fuera *su* persona en el mundo.

Me levanta cogiéndome del culo con una sola mano, mostrando una fortaleza desmedida que hace que mi sexo palpite y gotee desenfrenado. Me deposita con delicadeza en su mesa, me abre las piernas y frota su larga y dura polla contra mi húmedo y desesperado centro.

—Trudy Dark, llevo queriendo hacerlo desde hace nueve meses y medio —dice, pero eso es imposible, solo hacía dos semanas que nos conocíamos—. ¿Ves este despacho? Te pertenece. No hay nada aquí que no sea tuyo, incluido yo.

Miro a nuestro alrededor y veo a lo que se refiere. *Mis* pósits. *Mi* manta. Esas infusiones que me encantan y siempre le pido. Lo que se

ha visto obligado a guardar en el armario. Estoy en todas partes.

—Tú… quieres —susurro ardiendo mientras él empieza a darme un beso en el cuello que es todo lengua, como si anhelara deleitarse con mi sabor.

Tiemblo de deseo mientras muevo las caderas contra su durísima erección. Pierdo parte de la ropa porque me la arranca y quedo en sujetador. Axton mira mis pechos abrazados por el algodón gris y sosa que la única gracia que tiene es ser un *balconette*, y lo hace con puto delirio. *No*. *Entiendo*. *Nada*. Incluso bajo la mirada para ver si hay algo nuevo, distinto. *Nop*. Tira del sujetador y libera mis pechos dejando la tela en mi cintura como si le diera morbo tenerme así, a medio vestir con la falda subida y la entrepierna goteando.

Los acuna con sus inmensas manos, los acaricia y tortura. Su lengua lame uno de mis pezones, lo chupa y lo succiona haciéndome repetir su nombre sin control. Tengo las bragas empapadas, pero mi cerebro lucha e intenta buscar algo de lógica a todo esto. Es como intentar frenar un meteorito con las manos.

—Espera, espera, espera —le digo a su boca mientras baja por mi abdomen, antes de que me desnude del todo, me bese el clítoris y me vuelva loca—. Axton, yo estoy enam… O sea, quiero decir que si esto va a ser solo sexo para ti… no creo que pueda…

Me coge las mejillas y me alza la cabeza, como si quisiera asegurarse de que le presto atención a lo que va a decir.

—No te haces idea de la de veces que he estado a punto de dejar de tratarte.

—Vaya.

—Mis ganas de estar contigo casi me hacen perder el norte. Pero sabía que si cedía a mis deseos, no podría seguir siendo tu psicólogo y quería ayudarte. Necesitaba hacerlo porque quiero darte todo cuanto tengo. ¿Solo sexo? Dios, no tienes ni puta idea de lo que has hecho conmigo, en lo que me has convertido.

—P-pero Jake ha dicho “el amor de tu vida”, ¿no hay otra chica que…? —dejo de hablar cuando me sonríe, se saca el móvil del bolsillo de la chaqueta del traje y la carta, *mi carta*, cae al suelo.

El sobre por un lado y la carta por otro. *La ha leído*.

—Toma —dice poniéndome el móvil en la mano mientras se agacha a coger mi confesión, como si fuera un sacrilegio que la carta estuviera en el suelo más de tres segundos seguidos.

Veo nuestro chat. Intento descifrar qué clase de enigma tengo ante mis ojos y puede que esté demasiado cachonda, alterada, confusa y aterrada para entender qué es lo que quiere que... ah. *Ahhhhh.*

Mensaje del amor de mi vida, viernes: he comprado unas galletas variadas y me sobran las que te gustan a ti, las de chocolate tan negro como tu alma. ¿Las quieres? La caja está precintada, pero la he cerrado yo, no te pienses que son nuevas. Si no respondes en cinco minutos, buscaré un gato callejero al que dárselas. Un segundo ¿los gatos pueden comer esas cosas?

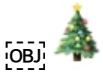
—He tenido tiempo de sobra para enamorarme de ti. ¿Vas a dejarme tenerte, Trud? —Axton me aparta las lágrimas que resbalan por mis mejillas—. ¿Vas a dejarnos tener esto?

Me inclino sobre la mesa y apago las dos velas, algo que nos deja aun más a oscuras. Solo entonces tiro de los siete botones laterales de mi falda, la dejo caer al suelo y me hundo en su boca.

Aquí muere la versión más triste de Trudy Dark. La solitaria. La huérfana. La que lo perdió todo... y lo encontró a él.

Capítulo 11

Trudy



Tras empujar mi espalda hasta dejarla contra la mesa y abrirme de piernas tanto como me dan las caderas, Axton ha introducido dos dedos dentro de mí, los ha curvado y solo los ha sacado cuando palpitaba tan fuerte que estaba a una brisa de correrme.

—Por favor, por favor, Axton —suplico jadeante, aferrándome a su pelo mientras las neuronas que me quedan me hacen los coros.

—Quiero que la primera vez que vea cómo te corres... —pasa su lengua por mi clítoris demasiado despacio para que me sirva de detonante. Oigo el tintineo de su cinturón, el característico sonido de un envoltorio rasgándose—. Lo estés haciendo en mi polla.

Lo miro y mis pulmones se quedan sin aire a ver el grosor de su erección y lo grande que la t... Vale, es alto y yo no, podría haber supuesto que me mataría, pero *esto* es demasiado.

La miel de mi deseo moja la cara interna de mis muslos porque a parecer, vivo por todo lo que «es demasiado». Su glande tantea m entrada, también me da golpecitos en el clítoris.

—Prometo aguantar hasta que tengas todo cuanto quieras de mí. Y si no lo consigo, mis dedos y mi boca tomarán el relevo.

Asiento con efusividad.

Entra apenas unos centímetros, pero martillea con tanta necesidad que mi espalda se arquea como para romperse. El placer me mordisquea quince millones de lugares a la vez. Axton empieza a embestirme, a salir y entrar en mí de forma rítmica digna de tortura, a lubricarse con mi deseo, y lo hace mirándome a los malditos ojos.

Es tan erótico, placentero e íntimo que me corro como una avalancha.

Apoyada sobre los codos, inclino la cabeza hacia atrás intentando ahogar el grito que el orgasmo hace estallar en mi garganta. A duras penas lo consigo. Es… joder, es mil veces mejor de cualquier otro sexo que haya tenido en mi puta vida.

Aprovecha lo laxa que me deja correrme y me embiste más profundo. La ristra de sus gruñidos son… *dios*, quiero que sean mi tono de llamada, de mensaje, mi música, todo.

—Qué preciosa eres, joder —dice haciendo movimientos circulares en mi clítoris con los dos dedos que me ha metido antes, construyendo mi segundo orgasmo a una velocidad extraordinaria.

Alguien debería darle un premio. Mis piernas tiemblan con sus embestidas y dejo que mis caderas imiten el ritmo acelerado de las suyas. Casi parece un dialogo, él habla y yo respondo.

Axton no deja de decir el tiempo que lleva soñando conmigo.

No tengo oportunidad de explicarle que desde hace meses ya no tengo pesadillas con el momento que llegué a mi casa, cuando todavía estaba ardiendo. Que ya no oigo mis gritos desesperados pidiendo ayuda a todos los bomberos que entraban en el que había sido mi hogar, para salvar a una familia que ya no tenía. Que ahora lo veo a él y que ha conseguido que recuerde a mi familia cuando estaban vivos y felices, cuando respirar no dolía.

—Te quiero —se me escapa la cuarta vez que me corro en su polla.

Deja de torturar mis pechos, entrelaza una mano con la mía, tira de mí y me acerca a su boca.

—Repítelo.

—Te quiero, Axton Demon —admito con la mirada vidriosa jadeante, consciente de que está tan dentro de mí como nadie en su vida lo ha estado antes.

Me besa con fuerza al tiempo que inhala como si el oxígeno fuera lo único capaz de hacerle sobrellevar la situación.

—*Trud* —gruñe y me planteo si todas las veces que me llamó Truc pensaba en esto, en nosotros así. Me penetra más rápido. Casi como si quisiera llegar a mi garganta. Mis caderas guiadas por mi vagina insaciable lo acompañan de cerca. Axton deja de besarme para hundir la cara en el hueco de mi cuello—. *D… Dios… Eres tú, eres todo mi…*

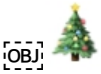
Axton se derrama en el preservativo cuando el orgasmo me empuja al abismo con ímpetu. Nos rompemos en mil pedazos. Hay fuegos artificiales en cada rincón de este maldito y perfecto despacho. *Lo quiero*.

Con las respiraciones agitadas, sudorosos, él con la camisa a medias de desabrochar, la corbata en el hombro y el pantalón medio bajado, y yo completamente desnuda, nos quedamos muy quietos sin poner un solo centímetro de distancia de por medio.

—Te quiero, Trudy Dark.

Capítulo 12

Axton



Le he dicho que no hacía ninguna falta venir, pero ha insistido Ahora Layla está enseñándole la casa a Trudy y juro que lo mío me ha costado soltarle la mano y alejarme de ella, pero tengo que hablar algo con Jake antes de que me joda la vida. Así que me acerco a él en la cocina porque, por muy tarde que hayamos llegado, la cena todavía no está lista.

—Vigila con lo que dices en la cena, ¿vale?

—No sé a qué te refieres.

Cojo el encendedor y lo acerco a las cortinas de mazorcas junto a la ventana. Jake se carcajea, demostrando lo intimidante que puedo llegar a resultarle: nada.

—Estás cagado, ¿eh?

—*Jake*.

—Tranquilo, fiera, no le diré que las únicas conversaciones que te han interesado desde que la conociste han sido esas en las que alguien mencionaba algo que te recordaba a ella. Ni que has estado comiéndome la oreja día y noche con lo increíble que es esa chica con la que no puedes salir porque "no sería ético". —Hace las comillas pese a lo sucias que tiene las manos y pese a que el gesto salpica por toda la isla—. Tío, debe ser muuuy difícil ser tú. Te lo juro, de estar en tu situación y encontrarme a Layla en mi consulta... no habría sido capaz de aguantarme las ganas de pedirle salir.

—Ha sido muy duro, pero estoy contento por cómo han salido las cosas. Hace diez meses no me necesitaba a mí, necesitaba mi ayuda. Ahora puedo tenerla y no... no pienso soltarla. La quiero y voy a cuidar de ella el tiempo que me deje. —*Puedo reconocerme a mi mismo que*

aunque Trudy me confesara querer hacerme pedazos, no la soltaría Le pediría que lo hiciera despacio, para sentir cada segundo que pas con ella entre mis manos. Al alzar la vista de vuelta a Jake veo que ha dejado de mover las manos en esa mezcla de harina, huevo, azúcar y vete tú a saber que más. Carraspeo—. ¿Te ayudo con algo, tío? ¿Alg que no convierta nuestra cena en un desayuno? Porque vaya horas…

—Claro, Romeo, remángate y coge el encendedor.

—¿Es una broma? —alzo una ceja.

—Por supuesto, esta cocina es mi territorio sagrado, no pienso deja que la toques —dice el geólogo con aires de chef—. Pero puedes abrir t regalo, si quieres.

—Ah, ¿pero lo decías en serio? ¿De verdad me has traído algo d Alaska?

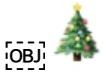
—Por supuesto. Está en el armario de ahí —mueve la barbilla hacia el que está en alto, junto a la nevera. Lo abro curioso y veo una botell de agua. Congelada—. La he mantenido fresca para ti, aunque ha tardado tanto que se estaba derritiendo. No te la bebas, probablement tenga miles de millones de bacterias peligrosas.

—¿Me has traído agua turbia?

—Agua de un glaciar de Alaska, ¿a que soy romántico? Inclus trabajando pienso en ti —me guiña un ojo y yo me debato en si tirársel o no a la cabeza.

Epílogo

Trudy



Al día siguiente, al amanecer de la mañana de Navidad…

La mesa está a rebosar de comida y mi padre se burla de Alisha que está a punto de derramar un par de lágrimas por el vídeo de un cachorro chiquitín que se cae a la piscina por pisar más allá del borde sin darse cuenta.

—¡Quiero uno! —exclama mientras mi madre vuelve a ponerle una mano en la mejilla a Axton y a hablarle con voz dulce.

Esa que haría que cualquier inocente se confiara y bajara la guardia. No pienso caer o antes de que pueda darme cuenta… ¡bam! Mi madre habrá cebado a mi futuro marido como si estuviera planeando algún tipo de hibernación.

Los miro a los cuatro, preguntándome cómo voy a aguantarme las babas durante toooda la velada. Grace me abraza desde detrás y apoya la cara en mi hombro.

—Me encanta.

—¿La Navidad?

—También, pero me refería a él. Te brillan los ojos, lagartija. Nunca te había visto tan feliz.

Le abrazo también y apoyo mi cabeza en su hombro. Me encanta esto, es perfecto.

—Pero tengo una pregunta que hacerte y quiero que me tomes muy en serio —dice la primogénita de los Dark, obligándome a girar el cuello para mirarla a los ojos—. ¿Tiene hermanos?

Se me escapa una carcajada sonora que hace que me tiemble e cuerpo entero.

Ay… si tú supieras.

—Niñas, a la mesa —pide nuestra madre.

Le comento a Grace que su hermano tiene novia sin entrar en detalles de la adopción y todo eso. Sé que en el momento que m familia conozca la historia de Axton, no va a dejar de atosigarlo con muestras de cariño, aceptación, mimos y achuchones.

Quiero darle al menos un día de paz.

—Eh, ¿y si abrimos los regalos antes de cenar? —propone Alisha.

—De eso nada —dice mi madre.

—Santa Claus no trabaja con el estómago vacío. A ver si te cree que tiene esa barriga de respirar fuerte, hija —continúa mi padre aunque todos sabemos que los regalos ya están bajo el árbol.

Hablamos de la pesca fallida de mi padre "culpa del cebo y no de su impaciencia", de que Alisha se cayó de culo en la cinta del gimnasio y ha decidido cambiarse al de un pueblo vecino a Mountville por vergüenza. A mí me duele el estómago de reírme con el vídeo de m hermana, porque resulta que Grace tiene grabada la caída.

Mientras lloro de risa, me aseguro que coloca el móvil en un ángulo que le permita a Axton verlo todo. Al ver mi vaso de agua vacío, Axton quita la mano que tiene en mi muslo para coger la botella y yo se la vuelvo a poner donde estaba porque, ¿hola?

Es. Su. Sitio.

Él me sonríe y el estómago se me llena de electricidad. Al final me inclino para llenarle a él el vaso y Axton me da un beso en el pelo que hace que casi se me caiga la botella de cristal al suelo.

Ufff, no me van a caber los bombones.

Quiero casarme con este hombre, ya, hoy, en Las Vegas, donde sea pero que sea inmediato, ¡lo digo muy en serio!

—Sois monísimos, joder, voy a vomitar —suelta Alisha poniendo los ojos en blanco al tiempo que sus mejillas se ponen coloradas.

—Grace, cómete la verdura.

—Sí, maaami —se burla canturreando, ya que el "que ya no soy una niña" no ha cuajado para ninguna de las tres.

Hace el esfuerzo de tragarse lo que más odia del mundo (el brócoli) porque mi madre se ha tomado la molestia de gratinarlo, ponerle salsa de soja y convertirlo en un manjar.

—Dinos, hijo, ¿a qué te dedicas? —pregunta mi padre, aunque ya lo sabe bien.

—Soy psicólogo.

—Uno buenísimo. ¿Tenéis algún trauma? Pues andaos con ojo que él os lo quitará sin que os deis cuenta. Es todo un ladrón.

Le da un apretón a mi muslo bajo la mesa, como si las caricias permanentes ya no le bastaran. Me inclino hacia él y le doy un casto beso en el hombro.

—Vale, voy a decir lo que todo el mundo piensa antes de acabar explotando —suelta Grace—, hace ya cuatro semanas que salís, es Navidad, hacednos el favor de decirnos cuándo vais a casaros.

Mi sonrisa se vuelve una tímida carcajada y de repente… siento las lágrimas. Esas que no paran de correr por mis mejillas.

Una mano cálida y grande en mi abdomen me trae de vuelta a la realidad. Sus ojazos azules me dan los buenos días. Tiene el ceño fruncido, parece preocupado y me deja súper confusa.

—Trud, cariño, estabas llorando —dice apartándome el pelo que las lágrimas me han pegado a la cara, haciéndolo con la suavidad de mis caricias. El sueño no consigue desprenderse de sus angulosos rasgos— ¿Era una pesadilla?

La garganta me arde al sacudir la cabeza al tiempo que le rodeo la cintura con las piernas y él mete un brazo entre el colchón y mi espalda con tal de acercarnos más.

—Era un sueño bonito. Perfecto, en realidad. Siento mucho no haber tenido la oportunidad de compartir a mi familia contigo. Me habría encantado ver cómo se peleaban por tu cariño y atenciones — admito sin preocuparme si caen más lágrimas o no.

—Puedes hablarme de ellos. Puedo conocerlos a través de ti, Trud. Más de lo que ya lo hago.

—Eso me encantaría —admito aferrándome a él, cada vez más cerca de sus labios.

—Pero tienes que saber una cosa. Algo que no puedes poner en duda, bajo ningún concepto.

—¿El qué?

—Tú eres toda la familia que necesito.

Nota de la autora

LMR

He-he-hello, ¡feliz Navidad!

Pasa, pasa, este es el rincón del muñeco de nieve y hay espacio para todos. Soy **LMR** (Laura Moreno Romero) y espero que hayas disfrutado de la novela corta «Tras La Peor Navidad De Mi Vida».

Si te ha gustado, una reseña me haría más feliz que **a Axton leer *esa* carta.**

Me eeeencanta leerlas y compartirlas en mi Instagram (lmr_author_) mientras lloro.

Esta historia forma parte de una mini serie llamada:

Christmas shorts



Importante: ¿quieres conocer la historia de Cleo, la profe dulce de Mountville? Pues te alegrará saber que es un personaje importante en la novela **NOLAN-KANE**, aunque allí solo sea una renacuaja de diez años, y también en **KÍAN-LYSANDER** allí a sus veintiséis, a puntito de casarse.

Que el espíritu navideño te acompañe y de paso… te traiga galletas.

Gracias por leerme, ¡por muchos romances más!

LMR